

Estudios Sociales

Año 52, Vol. XLIII-Número 162

Julio-diciembre 2020

DOCUMENTOS

La religión ante los complejos desafíos del siglo XXI*

Aurelio Alonso**

Compañeras y compañeros, hermanas y hermanos:

Por primera vez tenemos que celebrar nuestro encuentro internacional sin la participación de Francois Houtart, maestro de quien esta iniciativa recibió un apoyo sistemático y decisivo. En nuestra Isla, Houtart contribuyó al conocimiento social con numerosos aportes y merece ser recordado con gratitud. En él me he inspirado para redactar las líneas que leeré a continuación, desde el podio que él ocupó durante tantos años con una incomparable brillantez.

Se me ha propuesto hacerlo tomando el título que convoca al Encuentro como tema. Por ello diré también, para evitar decepciones, que a medida que avanzaba en la redacción, más incapacitado me sentía para esbozar un cuadro sociorreligioso ante los desafíos del siglo cuyo comienzo nos ha tocado vivir. Por tal motivo, termino pensando las dos décadas de siglo transcurridas, y declino a favor del tupido programa del Encuentro la misión de pensar nuestras realidades como toca

* Conferencia inaugural al IX Encuentro Internacional de Estudios Sociorreligiosos, 10 de julio de 2019, La Habana.

** Sociólogo y filósofo cubano. Profesor en la Universidad de la Habana y subdirector de la Revista Casa de las Américas.

hacerlo a la religión, desde la espiritualidad y desde las instituciones. Siento que la impresionante madurez del programa que ustedes han logrado confeccionar, no solo lo permite sino que lo aconseja.

Hechas estas prevenciones introductorias, trato de cumplir el encargo que he recibido, honroso y difícil a la vez.

I

La fidelidad del número para medir el tiempo histórico quedó cuestionada por el historiador británico Eric Hobsbawn al revelar que el poder de determinación de los acontecimientos sociales obligaba a ponderar un corto siglo XX, con un inicio fijado por la Primera Guerra Mundial, y con la desintegración del sistema soviético como final, igualmente trágico. Fue un siglo marcado por el ordenamiento bipolar Este-Oeste del sistema Mundo, que encontró su clímax después de la Segunda Guerra y transcurrió bajo la permanente amenaza de devastación de una posible Tercera. Hoy constatamos con dolor que, aunque no se haya repetido un choque de esa magnitud, la contabilidad de las muertes en los conflictos bélicos locales desde entonces, denota el giro a un insostenible estado de guerra permanente en el planeta.

Si nos identificamos con el historiador, el siglo que seguirá a la superación de aquel esquema tendríamos que avizorarlo una década antes de que sonaran las campanadas de medianoche del 31 de diciembre de 1999.

Occidente imperial cerró su bitácora secular con el beneficio de dos grandes victorias: la primera, para el mundo en su totalidad, la demolición en 1945, del más peligroso y despiadado competidor de entonces en el escenario de la explotación mundial, el nazismo. Victoria que Occidente le quedó debiendo, paradójicamente, a su contrincante como sistema, al polo que había emergido con la promesa de vindicar a la humanidad de la dominación, la desigualdad y la pobreza. La

voluntad de resistir y vencer que Moscú llegó entonces a generar rebasa cualquier cálculo posible.

La segunda presea que obtuvo Occidente, esta vez en detrimento del bien común de la humanidad, fue el derrumbe del socialismo como geografía mundial, centrado en la Unión Soviética, sin que quedara en pie modelo alternativo visible al cual asirse. Extrañamente, la generación que sucedió a los gloriosos vencedores del 1945 optó por entregar la potencia rusa, la economía proclamada antes de tiempo como socialista, la complicada Unión que se había esforzado en crear con sus antiguas colonias, y el experimento ficticio de integración del bloque europeo oriental, a la lógica implacable de la acumulación capitalista. Francis Fukuyama ganó predicamento en los noventa magnificando un «fin de la historia» que pretendía uniformidad e inmovilismo sistémico en el porvenir del mapamundi como resultante de la retro-transición emprendida desde el Kremlin.

Pienso que estos dos momentos son claves para explicarnos el extraordinario empoderamiento imperial con el que los Estados Unidos entran a nuestro siglo.

La predicción de Fukuyama haría aguas enseguida, pero el saldo de la relación costo/beneficio, para los Estados Unidos, de los conflictos bélicos fuera de su territorio, consagró el *warfare state* como variable discrecional de su política exterior.

Aquella supuesta batalla final de la modernidad liberal sobre el comunismo no allanaba el camino de la democracia como pretendían los doctores del atlantismo (trastocando el sentido del concepto de transición), ni el de la fe cristiana, como creyó Juan Pablo II que sucedería, para ser decepcionado muy pronto por el ostensible descreimiento que pudo constatar en las visitas que realizó en los noventa a su patria polaca. El mundo no desembocaba en el diseño multipolar que prospectaron algunos teóricos anclados en un espejismo que quería dar protagonismo de nuevo a Europa. Los conflictos en Ucrania, Serbia, Kosovo y en general en la segregación del

Este europeo en la segunda mitad de esa década mostraron a las potencias de Europa en un inútil forcejeo con su viejo aliado del Plan Marshal, para no ser tratados ahora en el plano de meros satélites. La polarización del poder respondía a un centro que no admitía ya compartirlo. Como dijo un político norteamericano «Estados Unidos no tiene aliados sino intereses»: el sentido de la reciprocidad cedía espacio al de la subordinación hasta en las relaciones internacionales entre las potencias imperiales. Los europeos podrían ser manejados como lo hacían con las «repúblicas bananeras» centroamericanas, cada vez que conviniera a la Casa Blanca.

El forcejeo por retener una identidad europea que se resquebraja, como ideal y como realidad, es uno de los signos a atender en la evolución que desde la década presente nos muestran los tiempos. Europa ha comenzado a desmembrarse, víctima indefensa de un oxidado patrón de desigualdad. El choque ante la incontenible saga migratoria del XXI y la reacción, cargada de egoísmo y una xenofobia mal disimulada de los gobiernos y las clases sociales que representan, no registran una crisis pasajera. Indican, como pocas hoy, las grietas del ordenamiento mundial, problemas de estructura no superables cual si fueran casuísticos.

El papa Bergoglio, empeñado en rescatar el sentido humanista abierto del Concilio Vaticano II después treinta y cinco años de retroceso, ha puesto, como nadie, el tema de los migrantes en el centro de su discurso social, desde su llegada a la silla de san Pedro en 2013.

La unipolaridad en el orden mundial se confirmó vertiginosamente en este nuevo siglo, de cuyos desafíos me han pedido que hable aquí con la esperanza de contribuir en alguna medida a dibujar el escenario que nos plantea, sobre el entramado político-económico en que discurren el pensamiento y las emociones, las decisiones relevantes, las circunstancias que los sostienen, la espiritualidad que los identifica, y la institucionalidad que los ordena. Cuáles caminos y dónde se abren y cuáles y dónde se cierran; o pueden cerrar nuestra miopía

y nuestros errores. Como todos saben aquí, la Religión es la única armazón de relaciones sociales que compite en complejidad con la Política y la Economía. Vale decir que eso la conecta en triángulo con una diversidad de relaciones reales y potenciales que se resiste al maniqueísmo de los esquemas con los que suele ser abordada.

Esta nueva unipolaridad imperial –comparable solo con la quimera hitleriana– se erige sobre otra partición bipolar, la más antigua en la historia. La de países ricos y pobres, desarrollados y subdesarrollados, dominantes y dominados, invasores e invadidos, centros y periferia capitalista, bautizada en términos genéricos como Norte/Sur, con la introducción del concepto Tercer Mundo, por la izquierda que vivió la difícil y desigual descolonización en la segunda postguerra. La resultante de un ordenamiento basado en reglas de explotación, dominación, desigualdad y despojo, que los últimos papas caracterizaron como capitalismo «salvaje» para disimular que se trataba en esencia del reino de la plusvalía, donde quiera que existiera. El capitalismo es salvaje en su esencia. La dominación vertical estadounidense ha simplificado el diseño mundial de poder – de manera circunstancial, aunque se empeñe en hacerla definitiva.

La idea de infalibilidad de la Nación escogida, que el fundamentalismo puritano legó a los «padres fundadores» –no exenta de paréntesis memorables, excepciones en el rumbo, como se puede observar en Abraham Lincoln– siguió un deterioro ético progresivo, especialmente desde la ocupación de Cuba, Puerto Rico y Las Filipinas, en el cual no voy a detenerme. Solo me interesa ahora recordar cómo el asesinato de John F. Kennedy en 1973 fue, además de un magnicidio flagrante, un escándalo moral que sacudió la vergüenza de la población estadounidense, aunque no impidió que menos de cuatro años después otra bala –movida por los mismos hilos– eliminara a su hermano Robert. Creo que esta muerte no tuvo ya el mismo impacto en la conciencia social de los norteamericanos. Un poder real oculto a la luz pública, impedía que se repitiera aquella tradición de dinastía familiar que comenza-

ron los Adams, padre e hijo y que, en la más reciente vuelta de siglo, escenificarían también los Bush, como caricatura.

No hay que perder de vista que un escándalo político sacó a Nixon de la Casa Blanca en los setenta, y otro de carácter sexual hizo a Gary Hart renunciar a la candidatura presidencial en los ochenta (no se concebía un presidente adúltero). Sin embargo, ni las injustificables transacciones del coronel Olivier North por encomienda de Gobierno, en la misma época, ni el *show* protagonizado por Clinton una década después en la oficina oval (para ejemplificar con dos escándalos notorios), generaron condenas efectivas ni descrédito. Creo que la mayor concentración de periodistas estadounidenses que ha conocido La Habana fue la que acudió a cubrir la visita del papa Wojtyła en 1998, y la mayoría partió precipitadamente de regreso porque, sin duda, era más noticia, según sus códigos, la del sexo en la oficina oval que la de las homilías del pontífice polaco en este rincón de la cristiandad. Único en América que no había iluminado con su visita.

No hubo *impeachment* para el presidente al cabo del turbio proceso que se desató, y Bill pudo finalizar su mandato con un 76% de opinión favorable, aunque dejara un oscuro precedente de impunidad o un certificado de indiferencia moral en la opinión del electorado (o tal vez ambas cosas). Había dejado en situación favorable la economía doméstica, y eso es decisivo. No sería extraño que Donald Trump, durante su segundo mandato (que por desgracia se percibe probable) deje preparada a su hija Ivanka para intentar la sucesión presidencial, si tomamos en cuenta que, a pesar de lo inusitado de la elección del padre, de su retórica grotesca y de sus desatinos políticos y sociales, su imagen electoral ha crecido. Gracias también mejorías en los índices económicos en el país. Si George W. pudo llevar el timón de la nave, a pesar de su incompetencia proverbial ¿por qué no Ivanka?

Ese acto de elección presidencial, doméstico en rigor formal –acto del mercado *in extremis* de la política, en el cual el dinero invertido en campañas suele decidir– tiene un excepcional

significado a escala global. Pregunto: ¿Cómo puede traducirse en un verdadero reto para norteamericanos sanear la podredumbre de sus dispositivos democráticos, y para el resto de los habitantes de la Tierra contrarrestar la onda de sus efectos? ¿De qué manera puede el sentimiento religioso, íntimamente ligado a ideales de justicia y equidad, obrar a favor del bien común, del país y de la humanidad?

II

Es probable que al historiar este siglo, cuya segunda década está próxima a finalizar, muchos prefieran tomar el 11 de septiembre del 2001 como punto de partida. El terrible atentado a las torres gemelas de Nueva York –cuya explicación completa nunca tendremos– se tradujo en satanización inflamada del Islam, el detonante de una guerra de fe para justificar la nueva cruzada. Con aquella herida sin cicatrizar se montó la farsa de la existencia de «armas de destrucción masiva», nunca encontradas, con la que Bush hijo (y Richard Cheney, su vicepresidente, quien se sabe que intervino en todas sus grandes decisiones, de manera poco habitual para este cargo), justificaron la brutal invasión a Irak de 2003. En realidad, buscaban apoderarse de su riqueza petrolera además de impedir que se usara en interés nacional, en circuitos que no fueran regulados desde Washington.

Las mentiras, los propósitos y los resultados quedaron expuestos a la luz pública de manera convincente. No recuerdo reacción de vergüenza que tocara al sistema político por el genocidio allí perpetrado.

Era simplemente la primera escala de la cruzada. Comenzaba contra Irak, a pesar de que Saddat Hussein creía suficientemente sintonizada su política con Washington –lo traicionó la ilusión de las alianzas imposibles. Con Bagdad se abrió una ofensiva compleja, escalonada, sobre el Oriente Medio. No con el contorno de guerra mundial, sino mediante episodios

conexos. Hacia el final de la década, una fermentada «primavera árabe» en el Mahgreb, detonada en Túnez, se hizo escandalosa en la grotesca invasión a Libia en octubre de 2011. El régimen de Gadafi, era repudiado en Occidente porque se decía que aplicaba la pena de muerte por la falsificación de medicamentos y otros castigos corporales a delitos que atentaran contra el bienestar de la población, lo cual puede ser cierto. Pero el problema real era que disponía de su petróleo con independencia. En beneficio de su pueblo.

La Jamajirya árabe de Libia había logrado estabilizar un PIB per cápita de más de \$14,000, un régimen salarial equitativo, políticas de subsidios generosas socialmente, exenciones de impuesto, bonificaciones por natalidad, gratuidad en la enseñanza y la salud, etc. Había logrado convertir áreas desérticas en tierras agrícolas para satisfacer las necesidades de alimentación de su pueblo. Pero el líder era tildado de tirano y de maniático, aunque algunos de los jefes de gobierno que participaron en la masacre invasora habían mantenido relaciones amistosas recientes con él. El país fue arrasado por injustificables bombardeos de los «aliados» occidentales, que abrieron el camino a una penetración mercenaria, la cual culminó asesinando a Gadafi y algunos de sus colaboradores cercanos. Ocho años después el país permanece en el caos, y Trípoli, la capital, convertida en el puerto más importante del Mediterráneo para el tráfico ilegal de personas, en el cual resalta la impunidad el comercio sexual de menores.

Similar estrategia fue puesta en marcha en Siria, simultáneamente, en 2011. Pero allí la resistencia de las armas sirias, respaldadas por la población, llevaron al estancamiento de la ocupación mercenaria masiva encabezada por Daesh, agrupación terrorista que el vicepresidente Cheney había prohijado desde Irak en 2007 y que llegó a ocupar unos cuarenta mil kilómetros cuadrados (25 % del territorio norte de Siria, desde Alepo a Al Boukharnal, y 40 % de Irak, desde Mosul hasta Faluya. El liderazgo de Bassar al Assad no lograron fracturarlo. Ni siquiera podían ser presentar el conflicto en términos de guerra civil, pues lo que menos había en la ocupación

armada eran sirios. El apoyo aéreo regular ruso, desde el 15 de septiembre de 2015, concertado con las fuerzas armadas sirias, fue decisivo para frustrar el propósito de los invasores.

Hoy me atrevería a afirmar que los Estados Unidos sufrieron en Siria la derrota militar más importante desde Vietnam. A pesar de que en muchos rincones del extenso país los choques armados no hayan cesado, ya que en el fondo subsiste la matriz, sin precedente, de una película de organizaciones (Al Qaeda, Daesh, Al Nusra, Boko Haram...), forma de integración diabólica de entidades terroristas mantenidas con amparo imperial, no siempre disimulado, de las potencias occidentales. Los hombres y mujeres bombas dejaron de ser casos de excepción para convertirse en un utensilio manejable.

La prioridad de la estrategia norteamericana en la región, después del fracaso –mal digerido– en Siria, se ha movido hacia Irán, asediado con una escalada de hostigamiento y una explícita amenaza militar. La consistencia del sistema político de los ayatolas, con una sólida base religiosa chiita, hace de Irán el enclave decisivo frente a las políticas invasivas del imperio en el Medio Oriente. El chiismo ha mostrado ser un factor efectivo de resistencia y sostenibilidad estrechamente vinculado con el bien común en la región.

Pero para descifrar de conjunto la correlación de las fuerzas que definen allí los vasos comunicantes de la geopolítica, habría que comenzar registrando los vínculos del imperio con sus dos agentes sustantivos. Israel, al que han permitido contar con el arma nuclear (los únicos en la región), crecer a su antojo a costa del despojo de territorios palestinos, agredir a vecinos incómodos como Siria y El Líbano, y respaldar la usurpación de la ciudad de Jerusalén como capital; todo ello a espaldas de lo dispuesto en las resoluciones de la ONU. Calificado justamente de «Estado gendarme» al servicio de los Estados Unidos, corren con buena parte de su trabajo sucio en el área. Serán potencia bélica, pero no son invencibles, como demostró en 2006 la resistencia de Hezbollah ante el intento de invasión al Líbano a través de su frontera Sur.

El otro servidor notorio de los intereses imperiales en la región es la monarquía wahabita de Arabia Saudí –un linaje que data del siglo XVIII–, su principal suministrador de crudos, donde nunca les ha interesado mirar violaciones de derechos humanos y represión. Un enorme país donde se acoge a millones de musulmanes en su obligada visita a la tumba del Profeta en La Meca y el soberano se identifica como «el custodio de las dos sagradas mezquitas», fijando una intimidad indeleble entre la fe musulmana y la tiranía que conduce. Una férrea tradición monárquica, con una marcada práctica fundamentalista, que da sostén a la familia real. Cognados y agnados concentran el poder político y la economía. Su importancia para Washington no sólo radica en el petróleo sino también en su poderío militar, al cual Trump contribuyó con una inflada suma en créditos para armamento tan pronto se instaló en la Casa Blanca.

Se trata del socio musulmán con el cual el imperio alterna dentro de aquel contencioso perímetro donde influye a la vez el sionismo (con el apoyo del poderoso lobby judío estadounidense). Es evidente que aunque desde criterios religiosos parezcan incompatibles, entrañan coincidencias que lo explican con claridad.

Otro aspecto de la complejidad que no puede pasar inadvertido es la diversidad religiosa musulmana y su peso en las definiciones políticas en la región: islam sunnita, con varias identidades: sufista, salafita, wahabita, hashemita, conectadas casi siempre a dinastías de poder, de una parte, y de otra el islam chiita con una perspectiva político-religiosa coherente. También podemos observar interpretaciones, caracterizadas de laicas, del Islam en Egipto y en Turquía. Y el judaísmo, con extremos fundamentalistas. Posturas latentes siempre, siempre ostensibles. Creencias que confluyen en la escena más explosiva de los desafíos del siglo XXI, aunque no estemos habituados a verlo de cerca. Lo que se alcance a cocinar allí podría hacerse sentir en todos los rincones de la Tierra, si el ritmo de destrucción de la naturaleza no borra antes a la especie humana.

De todos modos, a estas alturas ni siquiera una perspectiva optimista de solución feliz en la región nos puede dar garantías de paz frente a la onda expansiva desatada por el espectro del terror. Yo diría que es el primer desafío del siglo, a escala global, el de la Paz, por condicionar cualquier acción común, desde las religiones, en tanto se conducen por el amor al prójimo, y más allá de ellas, en una ética que tendría que ser compartida, una ética mundial, como pretendía el teólogo suizo Hans Küng. El otro gran desafío es el de la subsistencia de la humanidad y del entorno natural que la sostiene y que ha tenido que sufrir su actuación devastadora. Mis preguntas: ¿Puede la Religión contribuir a que ambos propósitos –el de la Paz y el de la Subsistencia– se alcancen?

III

Si levantamos la mirada a la escala de los grandes centros político-económicos, podemos constatar que las crisis connotadas de manera local (del Medio Oriente, de la que hablé, o de nuestra América, a la cual me referiré, no pueden valorarse al margen de las relaciones entre las principales economías que definen el curso del sistema-mundo. El reposicionamiento de China como potencia, con afinidad de intereses con Rusia y en cuerda geoeconómica competitiva frente a los Estados Unidos, pugna por dar forma a un nuevo escenario de confrontación mundial, claramente visible.

Se hace evidente que China, a pesar de su crecimiento explosivo –o precisamente debido a él– quedaría marginada de la nueva Alianza Transpacífica (TTP) desde la cual Norteamérica aspira a señorear el 40% del comercio mundial, de volverse protagonista de los nuevos lazos entre las dos riberas oceánicas. El efecto de compensación frente a esta consolidación plutocrática solo podrá darse con el reforzamiento efectivo del papel de China en un eje competidor inédito. Creo que es precisamente la iniciativa de restablecimiento, en clave contemporánea, de la memorable «ruta de la seda». Tomemos en

cuenta la consistente masa monetaria en inversiones, subsidios y créditos movida por China hacia los países subsaharianos, a partir de la cual África, estaría llamada a conectarse estrechamente a la economía china, como consumidor y como productor asociado. Es una iniciativa con la cuál Occidente no contaba y difícilmente pueda competir. El éxito del proyecto chino puede repercutir en el papel de la OMC, que sería, en el futuro, más difícil manipular desde Washington.

Desde octubre de 2016 el FMI reconoció el yuan chino como divisa de curso libre, junto al dólar estadounidense, el euro, la libra de esterlina, y el yen japonés. Otras monedas importantes, como el dólar canadiense y el rublo ruso no son divisas de curso libre. Al parecer, para el FMI era algo que ya no podía demorar, y para China, una opción irrenunciable.

La alianza ruso-china cobra forma dadas las coincidencias y la complementariedad de intereses. Lo que no se produjo durante la guerra fría, cuando tanto Pekín como Moscú pugnan por el liderazgo del socialismo mundial –invocando en su apoyo, desde ambas tribunas, el legado marxista-leninista– se revela posible y necesario ahora, cuando se demuestra que las claves del diferendo con occidente tuvieron y tienen muy poco de doctrinales. ¡Cómo liderar el poder a escala mundial!, es el dilema verdadero. El problema siempre fue dejar establecido quien manda, y no una contienda doctrinal entre capitalismo y socialismo como creímos..., y tal vez aún creemos. Juntos, Beijing y Moscú pueden representar un liderazgo positivo –fuera de pronunciamientos excluyentes o contentiosos inútiles– en el segundo escalón asociativo del poder global, el que encabezan en los llamados BRICS, ese grupo de países cuyo destino es el de aumentar el ritmo de las pulsaciones del Tercer Mundo frente a la dominación imperial, a pesar del infeliz retroceso político-social seguido por Brasil desde 2016.

En trabajos anteriores he estimado indispensable la consolidación de los BRICS para bloquear el efecto dominó que se vislumbra a través de los pactos diferenciados de los grandes

centros occidentales con las subpotencias, o líderes económicos regionales. Una asociación fuerte entre los BRICS –la cual el Brasil actual, plegado al interés imperial, podría obstaculizar– deberá dar forma a una contraparte tricontinental del mundo dependiente frente a un Norte dominante que se mueve con dinámicas propias de restauración. Sobre todo cuando un sistema de Naciones Unidas que Washington ignora groseramente cuando no logra prevalecer, sistema que ha mostrado su incapacidad de responder a los objetivos para los cuales fue creado (el reciente informe sobre Venezuela de la comisionada de Naciones Unidas para los derechos humanos es expresión de este servilismo intermitente de la Organización).

No es el lugar para extendernos sobre consideraciones en esa escala global, que podrían ser muchas, pero quise asomarme a ella para consignar, ante todo, que no hubo «fin de la historia»; que la humanidad no está fatalmente condenada a la tragedia del coloniaje, el racismo y la exclusión, que ha permitido al 1% de la población mundial a apropiarse de la quinta parte de los ingresos totales, mientras más de mil millones padecen hambre. Pregunto entonces: ¿No ha de ser también un desafío mayor para la Religión, sin distinción de creencias, rebelarse contra la injusticia social y la desigualdad, contra el desamparo y la miseria que el orden mundial impone a la humanidad? ¿Es que se piensa que no se tiene que producir una acción efectiva para la cual no basta la oración, la lealtad al dogma de fe, o la prédica misionera?

Los centros del capital atravesaron ya la primera crisis financiera del siglo, comparable a la de 1929, la cual comenzó con la quiebra del gigante *Lehmann Bros* en 2007 y se expandió durante los dos años siguientes con la «burbuja inmobiliaria». En esta ocasión, el presidente Obama, recién llegado al cargo, pudo afrontar la crisis con gruesas inyecciones de fondo al sistema monetario. Pero el efecto de la crisis se contuvo ahora a costa de la deuda pública de la nación.

IV

A diferencia de nuestra América, los Estados Unidos se formaron bajo el pleno influjo del denominacionalismo protestante. El catolicismo creció después con las migraciones irlandesa, polaca e italiana, y la usurpación de la mitad de México en el XIX, y continuó con las recibidas en el siglo posterior, hasta el desbordamiento presente causado por la carencia insoportable de condiciones de vida en el sur del territorio imperial. Al principio las migraciones aportaban a la demografía católica, pero ésta fue cediendo espacio progresivamente a efectos de conversión protestante. Las dinámicas de la conversión evangélica iniciadas en los Estados Unidos tuvieron eco rápidamente en todo el Tercer Mundo, pero en la América Latina de la segunda mitad del siglo XX han conocido su mayor onda expansiva.

La conquista del Oeste norteamericano facilitó el espacio a nuevas denominaciones y sectas, evangélicas las más, netamente nativas o venidas de Europa, casi siempre literalistas, incluso fundamentalistas varias de ellas. De la fidelidad bíblica, algunas transitaban a la sacralización de sus propios libros fundadores. Entre las pioneras en constituirse se destaca la saga de los seguidores de Joseph Smith y Bryan Young, que predicaron el *Libro de Mormón* desde 1823 (año que el presidente James Monroe nos hace recordar por su reclamo de «América para los americanos»), efectuaron un intrépido éxodo hacia el Oeste al cabo del cual se asentaron en la ribera del Lago Salado, y fundaron y dominan el actual estado de Utah. Con posterioridad a esta etapa la sociedad norteamericana produjo numerosos movimientos de conversión, iniciativas que se arraigaban en unos casos, y en los más se desvanecían sin dejar rastro, sobre todo cuando el guía espiritual fallecía o se desacreditaba por su falta de autenticidad.

Lo que me interesa destacar aquí es que no se puede dejar de reconocer autoctonía a estas formaciones que se configuran en el marco del sistema socioeconómico que crecía en América del Norte, nacidas con posterioridad a la independencia.

Transmitidas desde allí en ingentes movimientos misioneros, prevalecen hoy también en la América Latina. Sus patrones de organización y su institucionalidad articulan de otras maneras, aun si también existe diversidad y hasta exclusión entre ellos.

Dentro de esta heterogeneidad devocional ocupa un lugar de excepción el pentecostalismo, que cobró forma a principios del pasado siglo, segregándose de movimientos de santidad wesleyanos (metodistas) signados por una devoción centrada en el Espíritu Santo. Inspirado en los *Hechos de los apóstoles*, el pentecostal orienta su fe por el carisma. El efecto expansivo del pentecostalismo no admite comparación. Opiniones recientes de expertos le han caracterizado como la «tercera fuerza de la cristiandad» junto al catolicismo y el protestantismo clásico.

Posiblemente queden cortos en su apreciación, al menos en lo que se refiere a la América Latina, donde la desigualdad puede ser descomunal, la pobreza agobiante hasta en países bendecidos por la opulencia de su naturaleza, donde a decepción y la desconfianza hacia la clase política es desconcertante. En nuestra América el modelo neoliberal llevó estos males a niveles sin precedentes, insoportables en el último cuarto del siglo XX. Y, como diría Francois Houtart, «cuando no se encuentran respuestas materiales a los problemas humanos, se procuran respuestas simbólicas».

Se explica que los efectos de la crisis del sistema-mundo en esta etapa se visibilicen mejor a través de los vínculos con la periferia que hacia el interior de los centros de poder. En la América Latina y el Caribe como en el Oriente Medio.

El coloniaje ibérico trajo a la América Latina y el Caribe una configuración sociorreligiosa diferente a la surgida de los *pilgrims* que se asentaron en la Nueva Inglaterra un siglo después. La América Latina y el Caribe hispánico se fundaron católicos, con lazos muy fuertes entre la corona española y la Iglesia católica, dominante en Europa. Esto hace que el cristianismo de esta parte del Continente sea originalmente cató-

lico, y también oficialmente hasta los comienzos del XX. Sin embargo dudo que en el mapa religioso de nuestra América exista un solo país que pueda hablarse de homogeneidad o de estricto predominio católico. La Constitución cubana de 1901 fue una de las primeras en registrar la libertad religiosa (si no la primera), en consonancia con el interés de los ocupantes norteamericanos de legitimar la entrada de las misiones protestantes.

En el plano étnico-religioso aprecio dos efectos sincréticos distintos. El que pudiéramos llamar indocristiano, del catolicismo de los colonizadores con religiones autóctonas del Continente. El otro, afrocristiano, del catolicismo con las religiones de origen africano, notable en el Caribe y zonas de la que los españoles llamaron «tierra firme», donde la introducción de esclavos de África llegó a ser masiva para sustituir una población indígena que la explotación y el maltrato llegó a extinguir. Pienso que el patrón de arraigo del sincretismo indocristiano, que se levanta sobre el secuestro colonial de la *pacha mama*, el despojo de la tierra de la cual son hijos, difícilmente se asemeje al afrocristiano –diferenciado por el sabio cubano Fernando Ortiz con el concepto de transculturación–, en el cual no interviene una religión autóctona, y se hacen más explicables las identidades que el culto a los santos (dulía) y a la madre de Cristo (hiperdulía), propician. Me agradecería incluir esta reflexión hipotética en el debate de estos días, con lo cual respondo también a una inquietud planteada por el teólogo Carlos Ham.

Durante el último cuarto del siglo que terminó, en la América Latina, el auge de los movimientos sociales hizo sentir la presión de las masas sobre la coyuntura histórica regional, contribuyendo significativamente a que los resultados electorales comenzaran a responder a intereses populares, y se creara, con los cambios que sobrevinieron, el perfil que marcó la primera década del siglo que corre. Tocó a nuestra América ser el escenario privilegiado de una sacudida histórica inesperada para las potencias de la modernidad capitalista.

El rechazo a la imposición del ALCA en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata en 2005 desarmó la asimétrica ofensiva comercial de Bush y Cheney, prevista con triunfalismo desde la cumbre anterior. Fue aquel un paso importantísimo, aunque no definitivo; siempre resulta iluso excederse en el crédito a las victorias. Desde entonces Wáshington ha refinado sensiblemente los engranajes de hegemonización, tanto en sus definiciones políticas propias como en el manejo de las oligarquías de la región.

La elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela en 1999 (que ojalá alcanzara a ser el hito del siglo para los historiadores), implantó, bajo el clamor de revolución bolivariana, el más intenso programa de reformas sociales y la preservación de las principales riquezas de la nación de las manos de la oligarquía. Con menos posibilidades de radicalidad, el carismático líder obrero Luis Ignacio (Lula) da Silva, accedía a la presidencia de Brasil, y con él una marea de reformas ansiadas en el enorme país; en tanto, para sorpresa de simpatizantes y adversarios, el peronista Néstor Kirchner asumía en Argentina posiciones en sintonía con esta corriente, y el economista Rafael Correa en Ecuador proclamó la «revolución ciudadana» con un discurso brillante y comprometido. En Bolivia el líder cocalero Evo Morales era electo con el respaldo de las masas indígenas, indispensable en el altiplano andino. Colombia, Perú y Chile se mantuvieron afines a sus pactos bilaterales con los que los Estados Unidos suplieron su fracaso de Mar del Plata.

Pero para encarar los desafíos del siglo XXI en nuestra América tenemos que valorar bien las causas y el peso de los reveses sufridos en la segunda década por nuestros pueblos bajo una ofensiva selectiva, implacable e integral desde Wáshington. Analogía curiosa: de manera análoga a la ofensiva contrarrevolucionaria desplegada contra las guerrillas en los sesenta, el poder imperial se enfrenta ahora contra las posibilidades de hacer funcional la democracia. Toda la inteligencia conspirativa se ha puesto en juego, renovando las claves de dominación. Lo cual no debe sorprendernos. El colega argen-

tino Atilio Boron nos recuerda, en uno de sus ensayos más acabados, que no se había desencadenado todavía la crisis que llevó al derrumbe del socialismo europeo cuando Zbigniew Brzezinski declaraba que «la Unión Soviética era un problema transitorio para los Estados Unidos, pero que la América Latina constituía un desafío permanente, arraigado en las inmovibles razones de la geografía».

Por eso me parece previsible que la derrota sufrida en Siria y la escasa posibilidad de doblegar a Irán, hagan que los halcones de Washington impongan al Gobierno la necesidad de apuntalar, sin vacilación, el sometimiento a largo plazo de su periferia continental. Trump parece ser una figura apropiada para llevar a cabo el propósito de pulsar esos extremos.

La estrategia imperial de reversión se orienta, como es natural, al conjunto de países de la región, pero con focalidad prioritaria hacia Venezuela y Brasil. En Venezuela, debido al proyecto propio de cambio, radical y coherente, fundado por Chávez sobre el legado de Bolívar, para su pueblo y para América, el cual se sostiene con capacidad de resistencia y una probada base democrática electoral. Proyecto que se abrió rápidamente en el ideal de transformación continental que su líder bautizó como «socialismo del siglo XXI». Además –o sobre todo– con la importancia de levantarse sobre la mayor reserva petrolera mundial confirmada. Y el lastre, a la vez, de depender de un modelo rentista monoprodutor, vulnerable al mercado, que no ha conseguido remontar. Sin embargo, Nicolás Maduro, a quien Obama se negó a reconocer en la presidencia tras la muerte de Chávez y Trump han sometido a un bloqueo implacable, saqueando incluso los recursos del país en el exterior y amparando el atentado y el terror, ha logrado mantener el proyecto bolivariano en el poder, gracias a la alianza cívico/militar sobre la cual se fundó.

El otro interés prioritario de los Estados Unidos en la región es Brasil, que vivió una propuesta reformista liderada por Lula y continuada por Dilma Rousseff. Los 14 años que duró dejó logros impresionantes de reducción de la pobreza, incre-

mento del empleo, reducción de la desigualdad y orientado a reforzar el bien común en un país que es casi un continente en población, extensión y riqueza natural. Para la política imperial un Brasil contestatario asociado al BRICS podría devenir una complicación de incalculables implicaciones, que dificultarían mucho su subordinación al tradicional «patio trasero» que querrían implantar en toda nuestra América. El *estatus* que, entre paréntesis, ha vuelto a tener Brasil desde que los voceros políticos de la oligarquía lograron arbitrariamente el *impeachment* de Delma en 2016, encarcelar a Lula con mentiras para impedir su retorno a la presidencia en las elecciones recientes y elegir precisamente a su antípoda, Jair Bolsonaro a la presidencia. Es sabido que en la mayoría de los votos de Bolsonaro fue decisivo el apoyo masivo de sectores evangélicos, motivados seguramente por la publicitada conversión del candidato, cuyo bautizo por inmersión, unos días antes de los sufragios, apareció en las portadas de las revistas y recorrió las redes sociales. La maraña golpista a través de las mismas instituciones domésticas, aplicada en Brasil, no tiene precedente. El papel de la manipulación de la opinión mediante la prensa y las redes parece llegar a la total impunidad. Son las tintas modernizadas de la propaganda imperial.

Cuba se mantiene, como nos consta a todos, indoblegable bajo los efectos de sesenta años de hostilidad ininterrumpida, intensificada ante cada coyuntura con una pulida perversidad. Es el ejemplo más constante de la impiedad sin límites de la obstinación imperial y, al propio tiempo, de la capacidad de resistir de un país pequeño, desde la periferia. Diría yo que Cuba no posee riquezas naturales suficientes para justificar el costo humano de una pulsada militar, pero la tenacidad con que nos mantienen el cerco la explica mejor el pánico que ocasiona el ejemplo que cualquier otra cosa. Una nación forzada a privaciones sistemáticas que ha podido mantener, contra viento y marea, los principales logros sociales que el cambio revolucionario produjo en términos de justicia y equidad, de expandirlos con un sentido de solidaridad afín a la caridad inspirada en la fe religiosa, y dado un contenido efectivo al concepto de soberanía, se vuelve un ejemplo difícil de tragar

para un contexto de dominación imperial. Sobre todo, cuando ha podido contar durante más de veinte votaciones anuales consecutivas en la Asamblea General de Naciones Unidas con unanimidad en la condena al inaceptable aislamiento y hostilidad de Washington, donde once administraciones fracasaron en barreros por asfixia, y la de Trump promete completar la docena. Aun si, como apunté antes, la ONU no puede presumir de ser el teatro o de libertades cuya amplia colegialidad debiera aportarle a la humanidad.

El concierto de las variantes de resistencia latinoamericana que se pudieron establecer en gobierno, tuvo una expresión radical en Alianza Bolivariana de los Pueblos de América (ALBA), y otra de composición más amplia desde 2012, en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) que, al excluir a Canadá y los Estados Unidos, se libraba de influencias directas del poder explotador hegemónico. Por primera vez en la historia se contó con un escenario de concertación sin la presión de los centros capitalistas de poder. El debilitamiento de estas asociaciones es ahora tan evidente como la recuperación de la impunidad opinática de Washington en la OEA.

Pregunto: ¿Se hace posible desde la Religión contribuir a que nuestra América rescate los aires de soberanía que mostró en la primera década de nuestro siglo y que le permitieron encaminar proyectos de auténtica mejoría de las condiciones de vida y la credibilidad en las posibilidades de salida de la crisis generalizada que nos imponen?

Se ha vuelto común el uso del concepto «golpe suave» para canonizar desplazamientos de poder gubernamental logrados por la astucia en lugar de la fuerza, justificados por la Ley, o de legitimidad controversial. Me inclino a distinguir en el derribo de Lugo en Paraguay el experimento pionero de la nueva ingeniería golpista, en la ruta de Macri a la presidencia argentina la variante de la manipulación electoral y en el proceso brasileño la arquitectura madura de la falacia golpista.

Para cada caso un «traje a la medida» cortado tal vez en la sastrería de Langley, Virginia.

Me atrevo a decir que no hemos sido capaces de analizar a fondo las debilidades de los sistemas establecidos, para blindarlos frente a las oligarquías, cuyo patriotismo se vincula más con el dólar que con los símbolos nacionales. O no han cuajado aún mecanismos efectivos para traducir la conciencia de los avances sociales en votación electoral. Probablemente las dos cosas juntas, y otras más. Lo cierto es que lograr irreversibilidad en las conquistas políticas de los pueblos se ha vuelto un desafío de todos los días, y hoy los electores –las verdaderas mayorías que deciden en ese acto único que no se deja corregir– vuelven a elegir a veces contra ellos mismos, aunque carezcan de razones plausibles para hacerlo.

A pesar de que se nos hable de «agotamiento del ciclo progresista» latinoamericano, con una lectura interesada de desafíos insalvables, dilemas insolubles, y retrocesos inevitables, los fracasos indican reveses, derrotas, errores, pero de ningún modo justifican que se hable de agotamiento. Decía von Klauzewicz en su tratado *De la guerra*, que «la derrota comienza cuando se pierde la voluntad de luchar».

Con seguridad se quedan muchas observaciones importantes en el tintero, pero debo poner punto final a mi presentación. Ya que no me corresponde otra misión que la de introducir. Me conformo con saber dos cosas: que no les haya aburrido y que sirva de motivación para el debate.

Muchas gracias